

lata los espacios á la inspeccion de la inteligencia, y multiplica los recursos á las nobles miras de la beneficencia y de la humanidad: porque en el orden meramente científico, no es más que la concordia entre la *razon y la fé*, y en el sistema de la conducta viene á ser la marcha segura que debe seguir la *naturaleza* protegida por la *gracia*.

Ya lo habeis visto, este principio abraza todos los elementos de la ciencia, pues comprende la razon y la fé; todos los recursos del poder, pues encierra la naturaleza y la gracia. ¿Qué, pues, podremos oponerle? ¿Cuál de las sectas que hoy dividen la inteligencia, podrá disputarle sus títulos á la conviccion, al respeto y á la gratitud? Sin embargo, este principio tiene un grave inconveniente para someter al siglo, y es el que no reconoce la omnimoda independencia y pretendida soberanía de la razon, y hé aquí el *por qué* de esa lucha obstinada que sostienen las escuelas filosóficas contra las escuelas católicas.

IV.

Entre las muchas escuelas que trabajan hoy por subyugar á la inteligencia humana, pueden distinguirse principalmente tres, así porque ellas son las que tienen más espectabilidad, como porque en su triple programa vienen á refundirse sustancialmente los principios de las otras. Estas son, la escuela *sensualista*, la *ecléctica* y la *teológica*. Estas escuelas han propagado por el mundo tres doctrinas diferentes, que dividiendo las opiniones en orden á los principios de las ciencias, al método de los estudios, á las reglas de la conducta pública y privada, y aun al mérito relativo de las instituciones políticas, han producido un desavenimiento general, y puesto en duda la importancia de todos los establecimientos consagrados á la direccion literaria y moral de la juventud.

Entre estos establecimientos hay unos que no han perdido su antigua filiacion, y que sin ser estraños á los verdaderos progresos de los ciencias, han opuesto de continuo á las innovaciones peligrosas una resistencia noble, negándose con heroica firmeza á transigir con las pretensiones absurdas de esa bastarda filosofía, que bajo formas tan diversas se ha presentado á combatir las creencias católicas, y ha pugnado vigorosamente por desquiciar en lo absoluto los fundamentos de la religion y de la sociedad. Tales son los establecimientos eclesiásticos, es decir, aquellos colegios que fundados por la Iglesia ó servidos por ella en favor de los gobiernos temporales, han hecho brillar el principio teológico en el gran sistema de las ciencias y de la moral. La verdad teológica en el respetable conjunto de sus misterios y de sus dogmas, la verdad filosófica con esa pureza y fecundidad que le comunica la union estrecha del raciocinio con la fé, la verdad política con esa incontrastable firmeza de que será deudora siempre á la inextinguible luz y omnímodo poder de los principios evangélicos, se adunan y ligan de tal suerte por la aplicacion constante del principio teológico en estos establecimientos eclesiásticos, que á pesar de las revoluciones políticas y filo-

sóficas, han triunfado en los más empeñados encuentros, y puesto á salvo de todos los naufragios los eternos é inmutables principios en que está vinculada la ciencia del hombre y de la sociedad. Estos hechos, de cuya verdad responde la experiencia de los siglos, era natural que produjesen el encono más implacable en el ánimo de ciertos filósofos para quienes la regla de la conducta y los principios del orden están reducidos al sistema de la duda y al arte de destruir.

Por esto se ha combatido siempre la educacion eclesiástica; por esto los establecimientos nacionales regidos por el clero fueron las primeras víctimas de la revolucion francesa; por esto se ha tomado tanto empeño en desalojar, cuando menos, de su punto dominante, el principio religioso en algunos planes de estudios; por esto hemos visto figurar la *Moral de Holbac* entre los libros elementales asignados para un colegio, y por esto, finalmente, el buen sentido de la nacion mexicana, no ha sido parte á impedir que un ruido sordo de maligna desaprobacion haya venido á deslizarse hasta los umbrales antiguos y respetables de estas casas, que por espacio de tanto tiempo han dado sus ministros á la Iglesia y sus magistrados á la República.

¿Y con qué derecho, señores, se ha disputado el que tienen los colegios eclesiásticos á la estimacion y reconocimiento de aquellos hombres que más vivamente se interesan en la conservación de la iglesia y en la prosperidad de la patria? ¡Ah! los sensualistas nos tachan de retrógados é ilusos, porque sostenemos el espiritualismo y abrimos el corazón á tendencias más nobles que la boga del tiempo y los goces materiales de la vida. Los ecléticos nos excluyen de su comunión, porque asociamos en el sistema de nuestras investigaciones el dictámen de la razón y las luces de la fé: finalmente, esa misma escuela que bajo el nombre de teológica, parece invitarnos con la nobleza de este título, no presenta un sistema de unidad, y ha sufrido la ley del exclusivismo ambicioso de los unos, de las exageraciones de los otros, sin que todavía se manifieste en aquella respetable economía que debiéramos prometernos mediante la aplicacion exacta y universal del principio teológico. Hé aquí por qué ninguna de estas escuelas ha reunido hasta hoy todas las simpatías de los colegios eclesiásticos. Siempre sobrios, siempre justos, siempre sometidos á la autoridad docente que los preside, admiten en su seno cuanto no altera la armonía de la razón y la fé, y repelen con firmeza cuanto

puede menoscabar los derechos de la primera con la autoridad irrecusable de la segunda.

¿Será, pues, un capricho, una intolerancia culpable, una fanática rigidez, una sobriedad retrógrada, el motivo de nuestras convicciones y la inamovilidad de nuestras creencias? Así se explica, señores, nuestra conducta, y es en extremo vago y confuso el movimiento de las ideas reinantes para que dejásemos nosotros de pagar este contingente de sufrimiento á las preocupaciones y caprichos de nuestro siglo. Pero si consecuentes á nuestras máximas, toleramos con resignacion los embates de las pasiones, fieles á nuestros principios, no debemos justificar con nuestro silencio las acusaciones que nos hacen principalmente los partidarios del pasado siglo.

Es una gloria para la Iglesia y para un Estado católico, poner al frente de sus profesiones públicas una verdad incontrastable, y haber salvado el principio teológico en el ataque más fuerte que se le ha hecho jamás, en ese desencadenamiento frenético de la razón contra la fé, donde todas las ciencias y las artes, todos los principios de la sociedad, toda la heterogeneidad de las opiniones, todos los recursos desoladores

del poder revolucionario, se hicieron servir á la causa de la irreligion y de la inmoralidad; y es muy grato para nosotros ver esas vidas momentáneas que han tenido las opiniones filosóficas, sufriendo el más humilde y vergonzoso contraste con el vigor perdurable de esos establecimientos de la Iglesia, que parecen adquirir mayor solidez y brillo á medida que se ejercitan más en los combates.

Reflexionad, señores, sobre la suerte que ha corrido la escuela sensualista; calculad los progresos que podrá hacer la escuela ecléctica mientras no restituya á la parte dogmática lo que le corresponde: ved en seguida, si merece el nombre de teológica una escuela que carece de unidad, y á la vista de estos desengaños, y sin género ninguno de prevención, examinad el carácter de nuestro principio teológico, su influencia científica y moral, la prodigiosa muchedumbre de sus relaciones intelectuales, la infalibilidad reconocida de sus máximas, la perenne fecundidad de sus medios para rectificar el sistema de las acciones, los pormenores y el conjunto de su economía; y arrastrados por el poder de la evidencia, tendreis la satisfaccion de convenir en que un establecimiento donde reina el principio

teológico, tiene á su favor todas las ventajas, mientras un establecimiento que le excluye, reúne todos los inconvenientes.

Para juzgar definitivamente las cualidades relativas y el mérito de estas diferentes escuelas, basta considerarlas en sus resultados. El más general de todos es la versatilidad incesante de las doctrinas, la inaquiescencia de las convicciones, el desconcierto frecuentísimo entre lo especulativo y lo práctico, la anarquía perdurable en que permanece la sociedad filosófica. El espíritu de secta que siempre ha propendido á dogmatizar, estendiendo la influencia de un principio más allá de lo que permiten la estension y el número de los objetos á que tal principio pueda referirse, ha causado no pocos trastornos en el campo de la investigacion y desnaturalizado estremadamente el genio propio de la filosofía. De aquí esa variedad de escuelas que han ido apareciendo sucesivamente en Europa en los tres últimos siglos, desde que Newton, Leibintz, Descartes y Bacon, presentaron al talento esos nuevos aspectos bajo que podian ser considerados los diversos ramos de las ciencias. Los rápidos impulsos que éstas recibieron en consecuencia de una revolucion tan feliz, como la que debe la filosofía al po-

der intelectual de estos cuatro escritores, hicieron esperar, y con fundamento, que organizándose el sistema de los estudios sobre principios más reconocidos y mejor sentados, adelantaría la sociedad prodigiosamente, demarcándose con más precision y exactitud los diversos puntos de separacion y de contacto que á causa de sus diferentes objetos tienen y guardan entre sí todos los conocimientos humanos. Pero el hecho es que sucedió de otra manera: el principio material invadió los dominios del espiritualismo, trató de someter al criterio de los sentidos cuanto cae bajo la inspeccion de la inteligencia, y confundiendo hasta este punto los elementos del verdadero saber, no hizo más que reunir de antemano los combustibles en que más tarde habian de ser lastimosamente inmoladas la moral católica, la sana política, la sensatez de las naciones y todas las nobles esperanzas del individuo y de la sociedad. Dios quedó relegado al pais de las abstracciones; y nivelado el hombre con la condicion del bruto, las pinzas del anatómico buscaban con arrogante solicitud nuestras ideas y nuestros pensamientos en las fibras cerebrales, el fatalismo sustituyó á la libertad, el egoismo á la justicia, la conveniencia al deber. El cultivo de las ciencias metafísicas se consideraba como

una inocente locura, el estudio de la religion cristiana como el ocio del fanatismo, la mutua proteccion que se debian y prestaban recíprocamente la Iglesia y el Estado, como un obstáculo insuperable para el verdadero progreso de la sociedad: el espíritu fué nada, la materia todo: por consiguiente, el interés monetario constituyó la basa de la justicia, y las ciencias físicas, desnudas de sus relaciones morales, el ornato exclusivo del talento y del genio.

¿Por qué triste fatalidad ha de estar la filosofía condenada siempre á las exageraciones, y comprometida violentamente en el error, cuando más empeñada se muestra en estender sus dominios y hacer más practicables y seguros los senderos de la verdad? Señores, hé aquí una cuestion que tienen resuelta definitivamente la experiencia y la fé: porque basta echar una rapidísima ojeada sobre la historia filosófica del pasado siglo, para descubrir las verdaderas causas de este trastorno universal. Conquistarlo todo, conquistarlo por sí misma, y no dividir con nadie los frutos de tal conquista, hé aquí un lema señaladísimo donde reconocemos la filosofía del pasado siglo.

Quariéndolo conquistar todo, la filosofía traspasó con sus pretensiones los límites de su po-

der natural; queriéndolo conquistar exclusivamente por sí misma, desdeñó la cooperacion de la fé, y se hizo impía; sacudió las trabas de la autoridad, y se hizo escéptica; y como ni el escepticismo ni la impiedad tienen ojos para reconocer los caractéres del espíritu, la existencia y la magestad de los dogmas, y la historia, siempre viva, de la religion y la Iglesia, la filosofía cortó de golpe estas triples relaciones, y reducida á elegir un objeto en que pudiera ensanchar su ambicion sin el sentimiento de su ineptitud, se decidió por el mundo corpóreo y se atuvo solo á los sentidos.

Esta consecuencia era precisa, y no debemos estrañar que el materialismo haya venido á reemplazar aquel imponente y magestuoso conjunto de objetos que la razon, íntimamente ligada con la fé, habia puesto á la vista del filósofo para ennoblecer sus procedimientos y dilatar prodigiosamente la esfera de las investigaciones.

¿Y qué diremos de la escuela ecléctica? Verdad es que en todas sus ramificaciones hay un fondo comun de espiritualismo; verdad es que por todas partes son llamados los espíritus á investigaciones más elevadas que las que provoca

el sistema de la sensacion, y que el hombre y la sociedad son aquí vistos bajo un aspecto más noble y un sistema de relaciones más digno; pero tambien es cierto que todas son racionalistas, que todas pretenden crear y perfeccionar la ciencia, regularizar las costumbres y acelerar la sociedad á su fin, con abstraccion absoluta de la fé, con independencia de toda autoridad docente, y sin contar con otros recursos, que los muy reducidos y poco seguros de la razon humana.

“El racionalismo, dice un orador célebre de nuestros dias, ha perdido á la humanidad por la duda que parece su término natural..... Dos veces ha reinado en el antiguo mundo, en los tiempos de Pericles y de Augusto, y dos veces ha desarmado al entendimiento humano. Su reaparicion en Europa tres siglos há, ha producido nuevamente el mismo resultado.” (*) Ni podia ser de otra manera: el mismo principio que sirve de apoyo á la escuela racionalista, es un elemento fecundo de division y trastorno: por

(*) LA CORDAIRE. Sermon VIII. De la doctriua de la Iglesia en general, de su materia y de su forma.

que sancionando aquel los derechos sobre la demostracion y el convencimiento, claro es, que no queda ni mision estable ni autoridad reconocida: cuantos poseen la facultad de discurrir, alegan el derecho de proponer; y cuantos hallan interés en resistir á tales ó cuales opiniones, alegan la independenciam de su razon, para no rendir al talento el vasallage de la inteligencia. No hay medio: ó anarquía perpetua en la sociedad, ó alianza fiel y continua entre la razon y la fé; ó someterse á la influencia de un principio universal y divino que contenga, explique y gobierne á todo el hombre, ó dejarse arrastrar á los abismos de la duda; ó principio teológico, ú omnimoda y perpetua nulidad.

Mas este principio, tan fecundo y grande cuando obra todo y sin violencia, aparece mezquino é impotente, cuando se le tiende la mano para someterle al dominio de la razon. ¿Quereis una prueba? Volveos á esa misma escuela teológica. Talentos clásicos y genios de primer orden llaman á juicio la historia antigua y la historia contemporánea, la filosofía, la moral, las ciencias, las artes, la literatura, al hombre bajo todos sus aspectos, á la política en sus inmensas ramificaciones, á la sociedad en sus formas di-

versas é innumerables vicisitudes: ven el desconcierto universal de las opiniones, sienten de continuo el calor de las disputas perdurables, observan con asombro la rapidez prodigiosa con que se suceden los sistemas, reconocen á cada paso la esterilidad de todos los esfuerzos del racionalismo, por todas partes escuchan el estruendoso clamoreo de los entusiastas, que aplauden el progreso y que se muestran deslumbrados por el esplendor que despiden todas las antorchas del filosofismo; pero notan, así mismo, cómo gana estension en el espacio la inmensa y tenebrosa nube que sustrae á la vista del hombre la rebelacion de su sér, y encubre á la sociedad el arcano de su origen, la ciencia de su accion y el verdadero cuadro de sus destinos. Entónces hojean el libro de la antigüedad, piden á la historia el secreto del órden, de la paz, del saber y de la virtud, que se han visto reinar en otras épocas. Un rayo feliz ilustra de concierto su entendimiento y su corazon: comprenden, por último, que todo subsiste por la fé, y que todo se arruina sin la fé: columbran el secreto de una reforma universal: van á ensayarla. ¿Qué sucederá? ¡Dichosos ellos, y la sociedad dichosa, si ésta y aquellos se colocan bajo el poder del principio; pero desgraciados todos, si intentan

someterse al poder de la razon. Por desgracia, señores, no sucedió de otra manera. Pero oigamos á este propósito, las observaciones que hace el orador que acabamos de citar:

“Sobre las ruinas que el racionalismo habia amontonado en rededor vuestro, hubo hombres de talento, que experimentaron la necesidad de volverse hácia la fé; pero en vez de mirar á la santa cruz, en cuyo rededor se agolpa la multitud de los verdaderos creyentes, quisieron elevarse por su propio vuelo á la region de los misterios; y osados en el deseo de edificar, como lo habian sido en el furor de destruir, tuvieron el valor irreflexivo de enarbolar el misticismo [1] en medio de la capital de Francia. Ignoraban que el racionalismo puede muy bien consumir su obra á luz del dia, porque para destruir no se necesita más que la insolencia de un rudo ataque; mientras que el misticismo, aspiracion desprovista de unidad, y por consiguiente, incapaz de fundar

(1) El autor habla aqui del *misticismo filosófico*, y no de lo que llamamos *mística*, y por esto tacha de irreflexivos á los que le enarbolaron en la capital de Francia.

un gran monumento (1), necesita de sombra, de silencio y de retiro, para ejercer su poder en el corazon del hombre.”

No sucede lo mismo, cuando conteniéndose la razon dentro de los límites de su luz y en la esfera de su poder, adopta, abraza y aplica el principio teológico en cualquiera de los muchos órdenes que á él están y han estado sometidos por una ley imprescriptible de la verdad. Su luz es inmensa, ilumina de un golpe la naturaleza y los misterios, revela todos los arcanos; su poder es incalculable, pues pasa por el corazon para rendir al entendimiento; su extension es infinita, pues abraza el gran sistema de las relaciones universales que ligan esencialmente á la creacion y la Divinidad. Nada verdadero, sólido y justo hay en las otras escuelas, que no se halle por entero en la escuela católica; nada erróneo, vago, imperfecto, caprichoso ó maligno, que haya con-

(1) La verdadera mística, no es en verdad un orden comun, sino extraordinario; pero tampoco es una aspiracion, ni menos desprovista de unidad: obra de un modo singular y exclusivamente interior; pero sus efectos son tan sublimes, como gloriosos los monumentos que ha dejado á la admiracion.

taminado jamás la pureza del verdadero principio católico: porque abraza y comprende al mismo tiempo las deducciones más netas del raciocinio y las revelaciones y dógmas de la fé. En las otras escuelas nada hay completo, en la católica nada trunco: allá siempre mezcla de verdades y errores, acá la verdad siempre libre: allá vicisitudes continuas, aquí una marcha uniforme; allá divisiones perennes; acá unidad absoluta; allá perdurable anarquía; acá orden fijo, union constante, economía perpetua.

“Posee, pues, la doctrina católica una doble forma; la forma de la razon y la forma de la fé; no es ni una ciencia absoluta, ni una fé pura y sencilla: ve y no ve, demuestra y se subyuga: es luz y sombra, semejante á la nube milogrosa que alumbraba á los hijos de Israel, á la par que cegaba á sus enemigos. ¿Le exigís hechos? os citará los hechos más grandes del muudo. ¿Le exigís principios? os los mostrará tales, que resaltarán hasta en lo más profundo del entendimiento, y abrirán allí anchas vías. ¿Le exigís sentimientos? Llenará vuestro corazon agotado. ¿Le exigís el signo de la antigüedad? Le posee. ¿La fuerza de la originalidad? Se ha levantado más de mañana que vosotros, y os sorprenderá

por su juventud. Pero una vez iluminados, convencidos, arrebatados por ella, ¿querrá cada uno de vosotros arrancarle el velo que oculta parte de su majestad? Entónces os hará caer en tierra, diciendo: *Adora y c U.*” (1)

(1) LACORDAIRE. Obra y sermon citadas.